

Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 3, Hebreos 2: 5-18: Esperanza y ayuda en el Hijo

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

En la presentación anterior, examinamos el primer bloque argumentativo importante de Hebreos, es decir, el capítulo 1, versículo 1, hasta el capítulo 2, versículo 4, que encontramos unidos en una unidad sobre la base de un silogismo subyacente. El autor había adornado significativamente este silogismo con afirmaciones elogiosas acerca del Hijo, Jesús, y con pasos más pequeños en la argumentación general. El resto del segundo capítulo de Hebreos continúa desarrollando los fuertes temas cristológicos que se introdujeron en el primer capítulo.

Sin embargo, lo hace no sólo con la intención de dar peso a la seriedad de prestar atención a las palabras pronunciadas por el Hijo , sino también con el objetivo de proporcionar consuelo pastoral y esperanza a la audiencia, que ha perdido honor y estatus en este mundo como resultado de su respuesta al Hijo hasta este punto. La pieza central de este segmento es la lectura cristológica que hace el autor del Salmo 8, versículos 4 a 6, en la que establece que el camino de Jesús a través del sufrimiento hacia la gloria es el camino que muchos hijos e hijas deben esperar recorrer si desean llegar a su destino divinamente designado. El autor continúa durante el resto del capítulo y luego reflexiona sobre lo apropiado de la llegada de Jesús a la gloria solo después del sufrimiento.

Puesto que la condición de los seres humanos es la de estar sujetos al temor de la muerte y necesitar liberación para afrontar las pruebas y tribulaciones, Dios, en su previsión, preparó al Hijo de antemano para que fuera su pionero, llevándolo a través del sufrimiento a la gloria antes que ellos. De esta manera, los oyentes pueden estar seguros de que sus experiencias desagradables actuales no son en realidad una señal de estar lejos de Dios, sino más bien de estar justo donde Dios sabía que estarían al seguir los pasos del Hijo en el camino a la gloria. En Hebreos 2, versículos 5 al 9, el autor introduce el texto del Salmo 8 que explicará con las palabras: Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero del que hemos estado hablando.

Con la palabra porque, el autor introduce lo que sigue como fundamento del capítulo 2, versículos 1 al 4, y continúa apoyando el llamado a dar la debida atención a la palabra del Hijo en la vida de uno. Ya hemos notado que el mundo venidero aquí es el reino divino, que, aunque existe ahora para Dios y los seres espirituales que lo pueblan, aún no es accesible a los seres humanos y, por lo tanto, desde nuestra perspectiva, es un reino venidero. Es un reino que aparecerá cuando los cielos y la tierra físicos sean sacudidos y removidos.

El punto del autor aquí es que al someter este mundo venidero a la autoridad del Hijo, Dios le ha dado al Hijo autoridad sobre quién entraría en ese mundo y, por lo

tanto, la respuesta continua de uno al Hijo es determinante para el lugar de uno en el reino venidero. ¿Encontraremos al Hijo como enemigos a los que someter bajo sus pies, como promete la cita del Salmo 110? ¿O encontraremos al Hijo como los muchos hijos e hijas que han abrazado y han sido abrazados por el Hijo para ser bienvenidos en este reino? El autor ahora pasa a citar el texto del salmo en sí. Alguien en algún lugar ha dado testimonio, diciendo: ¿Qué es el ser humano, para que de él te acuerdes, o el Hijo del hombre, para que lo cuides? Lo has hecho un poco menor que los ángeles.

Lo coronaste de gloria y de honra; sometiste todo bajo sus pies. En su contexto original, el Salmo 8 se leería simplemente como una celebración del lugar que ocupan los seres humanos en la creación de Dios.

Los versos “¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes?”, “¿Qué son los hijos de los hombres, para que los cuides?”, tradicionalmente se habrían entendido como referencias generales a todos los mortales. Puede resultar significativo que el autor de Hebreos haya omitido una línea de estos versículos en el salmo original. “Le has puesto sobre las obras de tus manos”, una clara referencia al lugar de la humanidad en general, en la creación, que remite a Génesis 1 y 2 y al mandato de la humanidad de cuidar del mundo que Dios había creado.

El autor de Hebreos es sin duda consciente de esta lectura tradicional del Salmo 8, pero introduce en su lugar una lectura cristológica de este texto. La frase Hijo del hombre es un título que se asocia frecuentemente con Jesús y las tradiciones evangélicas, y se convierte en el punto de partida del autor para aplicar el texto al Hijo, Jesús. Las traducciones modernas que apuestan por un lenguaje neutro en cuanto al género cuando se trata de seres humanos a menudo oscurecen esto al traducir la frase Hijo del hombre de forma más general, como mortales, y al pasar de él a ellos en los versículos que siguen.

Esto tiene todo el sentido para traducir el salmo de acuerdo con su aplicación tradicional a los seres humanos en general, pero oscurece por completo lo que el autor de Hebreos está aprovechando en el texto del salmo para hacer que su interpretación funcione, es decir, el lenguaje preciso del Hijo del hombre que también es la forma favorita de Jesús de referirse a sí mismo en los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas. De esta manera, introduce la distancia entre el texto del salmo y la interpretación del autor de ese texto que no existe en griego. La versión de la Septuaginta del salmo tiene un giro particular que hace que sea más fácil aplicarlo a Jesús.

En los hebreos, queda claro que Dios colocó a los seres humanos un poco por debajo de los ángeles. Los seres humanos son apenas un poco inferiores a los ángeles en la escala de la creación. Cuando esa misma palabra hebrea que nos da la medida espacial de un poco se traduce al griego, se vuelve ambigua.

Podría ser espacial o temporal, un poco más abajo, o por un tiempo más abajo. El predicador de Hebreos explota la segunda posibilidad de crear una lectura encarnacional del salmo y luego centrarse en los eventos secuenciales en el curso de Jesús. La encarnación del Hijo implicó aceptar temporalmente un estatus inferior al de los ángeles.

Pero después de ese momento, el Hijo fue glorificado. Lo coronaste de gloria y honor. Esta glorificación siguió a la muerte del Hijo, su ascensión y su regreso al reino divino y a su asiento a la diestra de Dios.

El último paso de esta historia, “todo lo has sometido bajo sus pies”, está aún por cumplirse, como lo confiesa el propio autor de Hebreos en el capítulo 2, versículo 9. Aún no vemos que todas las cosas le estén sujetas. Hay una conexión aquí entre este texto del salmo y el Salmo 110, versículo 1, que fue recitado anteriormente en el sermón: “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”. En este salmo, “todo lo has sometido bajo sus pies”.

De nuevo, esto se convierte en un punto de conexión para que el autor lea el texto cristológicamente. El autor continúa en el versículo 9 aplicando el lenguaje de este salmo específicamente a Jesús. Todavía no vemos que todo le esté sujeto, pero sí vemos a aquel que por un poco de tiempo estuvo sujeto bajo los ángeles, Jesús, quien, a causa del padecimiento de la muerte, fue coronado de gloria y honor para que, por la gracia de Dios, gustara la muerte por todos.

En esta lectura, el autor ha introducido el texto del salmo en la vida de Jesús y en la experiencia que los oyentes han tenido de la historia de Jesús hasta ese momento. Pero ahora introduce en esta interpretación un elemento adicional, a saber, que este hijo del hombre murió en nombre de todos y que esto fue de alguna manera un acto que se llevó a cabo para beneficiar a otros y que fue una manifestación en sí misma del favor de Dios. Fue un acto de entrega que impuso una obligación a los oyentes, los destinatarios.

Ahora bien, en todo esto, el autor no ha llegado aún a lo que habría sido el punto principal del salmo. ¿Cómo es que la humanidad llega a la gloria y al honor? Este será el tema del siguiente segmento, a medida que profundicemos en el desarrollo que el autor hace de este salmo en Hebreos 2, versículo 10. Después de la presentación que hace el autor de esta lectura centrada en Cristo del Salmo 8, el autor comienza a explicar por qué un Mesías sufriente era parte del plan de Dios.

Leemos: “Porque convenía a aquel por cuya causa fueron todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar a muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos”. En las palabras iniciales de este pasaje, “porque convenía”, vemos que el autor ofrece

explícitamente este versículo como justificación del material precedente, el hecho de que Jesús tuvo que soportar primero la humillación de hacerse humano y luego la humillación adicional de la muerte en la cruz antes de su glorificación y exaltación. ¿Qué era lo apropiado? Era apropiado aquí, dice el autor, perfeccionar a Cristo, el autor o líder del camino hacia la liberación por medio de los sufrimientos.

El significado de perfeccionamiento en Hebreos ha sido tema de muchas disertaciones. Permítanme sugerir aquí simplemente que el lenguaje perfecto en Hebreos tiene que ver en gran medida con llevar algo al punto final de un proceso de desarrollo para el cual estaba destinado. Esto podría aplicarse en muchos contextos diferentes.

El niño se perfecciona a medida que se hace adulto. El ser humano alcanza su plenitud cuando alcanza la madurez. En las religiones místicas del mundo antiguo, el iniciado se perfecciona cuando termina el rito de iniciación.

En el lenguaje de Éxodo 29, en la traducción de la Septuaginta del Antiguo Testamento, los sacerdotes eran perfeccionados cuando su rito de ordenación había concluido. En este caso, entonces, Jesús sería perfeccionado no porque alguna deficiencia percibida en él fue finalmente remediada, sino más bien porque fue llevado a ese punto final hacia el cual Dios lo estaba guiando. Esto probablemente debería leerse como el regreso de Cristo en gloria al reino celestial, el regreso de Cristo al reino permanente de la presencia de Dios, instalado allí como el gran sumo sacerdote y mediador entre Dios y toda la humanidad.

¿Por qué era apropiado llevar a Cristo a esa posición exaltada de sumo sacerdocio universal mediante sufrimientos? Probablemente porque, en la mente del autor, el sufrimiento sería el camino por el cual los muchos hijos e hijas llegarían a la gloria. Así, en la previsión de Dios, Dios llevó al pionero de los muchos hijos e hijas, al que abrió camino en su liberación, hasta ese punto final del viaje también mediante sufrimientos. Los muchos hijos e hijas tienen ante sí beneficios que aún deben disfrutar, y en particular, el autor aquí se centra en entrar en esa gloria en la que Jesús ya ha entrado en el reino celestial, en el reino permanente de la morada de Dios.

El autor parece estar sugiriendo que la forma en que el sentido general del Salmo 8, el Salmo 8 como una declaración acerca de la gloria que pertenecerá a la humanidad, la forma en que el sentido general del Salmo 8 se cumple es a través de la agencia de Jesús, el Hijo, el pionero en quien esa profecía litúrgica ahora se cumple. Doxa, gloria, es una palabra clave tanto en el texto del Salmo como en la recitación del texto del Salmo en Hebreos 2, versículos 7 al 9. Esta es una palabra que coincide con la necesidad pastoral de los oyentes del autor en la medida en que el honor, doxa o timeh, es precisamente algo que han perdido en este mundo como resultado de unirse al movimiento cristiano en primer lugar. Por lo tanto, el autor les asegura que

su destino no es continuar viviendo en desgracia o vergüenza como actualmente experimentan la vida bajo la sombra de sus vecinos que no los apoyan, sino que su destino es compartir la misma gloria que el Hijo exaltado mismo disfruta.

Habiendo conectado la gloria del Hijo con la gloria que vendría a los muchos hijos e hijas que seguirían en el camino que Jesús abrió, el autor ahora se concentra en la solidaridad del Hijo con los muchos hijos e hijas, y lo hace con algunas aplicaciones ingeniosas de textos del Antiguo Testamento. Como leemos en Hebreos 2, versículos 11 al 13, Porque el que santifica, y los que están en proceso de ser santificados, son todos de uno. Por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre.

En medio de la asamblea te alabaré. Y de nuevo confiaré en él. Y de nuevo, mira, aquí estoy yo, y los hijos que Dios me ha dado.

En esta serie de citas bíblicas, el autor ha puesto en labios del Hijo palabras de un salmo, el Salmo 22, y palabras de Isaías para proporcionar, por así decirlo, evidencia bíblica de la solidaridad continua de Jesús con los muchos hijos e hijas. Cuando dice que el que santifica y los que son santificados son todos de uno, probablemente queriendo decir que todos son de una sola fuente, el autor resuena con el discurso estoico sobre la hermandad universal de los seres humanos. Por ejemplo, Séneca, el filósofo romano activo en la primera mitad del siglo I d.C., escribe: Todos provenimos de la misma fuente, tenemos el mismo origen.

El cielo es el único padre de todos nosotros. Además, Pablo, en su discurso ante el Areópago en el capítulo 17 de los Hechos, cita a un filósofo estoico llamado Arato. Todos somos su descendencia.

Todos somos linaje de Dios, pero aquí, en Hebreos, el énfasis no está puesto principalmente en la solidaridad de todas las personas, sino en la solidaridad del Hijo exaltado con los muchos hijos e hijas menos exaltados que aún no han disfrutado de la estima que es inherente a este vínculo.

¿Y cómo pueden saber los oyentes que disfrutaban de esta conexión con el Hijo exaltado? El autor proporciona evidencia de esta causa: no se avergüenza de llamarlos hermanos y hermanas. Esta afirmación que hace el autor está respaldada por la recitación de tres textos autorizados que se presentan como el modo en que el Hijo reconoce a sus hermanas y hermanos. El primero de ellos, Anunciaré tu nombre a mis hermanos y hermanas en medio de la congregación. Te alabaré, está tomado del Salmo 22, el final de un salmo que se hizo famoso por su lectura mesiánica en la iglesia primitiva.

Este es el salmo que comienza con: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Desde la creación temprana de los relatos de la pasión, donde Jesús

recita este versículo inicial del salmo desde la cruz, la iglesia primitiva está expuesta a una lectura mesiánica y cristocéntrica de este salmo. Este es un sorprendente movimiento hermenéutico por parte del autor aquí en los pasos siguientes, ya que coloca textos del Antiguo Testamento en labios de Jesús como un marco apropiado para interpretar esos textos. Cuando pasa a las siguientes citas, toma lo que originalmente era un solo texto consecutivo en Isaías 8, versículos 17 y 18, y lo divide en dos citas diferentes.

De esta manera, consigue dar a cada mitad un sentido algo diferente del que tenía en Isaías. Por ejemplo, en Isaías, la afirmación: “Confiaré en él” era una expresión de la confianza del profeta en Dios. Sin embargo, aquí el autor nos lleva a entenderla como la expresión de confianza del hijo en cada uno de aquellos a quienes llama hermano o hermana, ya que este es el encabezamiento bajo el que se recitan los tres textos en Hebreos 2:11 a 13.

El siguiente segmento de la cita de Isaías, Mirad, aquí estoy yo y los hijos que Dios me ha dado, fue originalmente una declaración del profeta acerca de sus propios hijos, que en el contexto ahora incluían a Mahar-Shalal-Hashbas, a quienes el profeta nombró como señales y portentos para los habitantes de Jerusalén. El autor de Hebreos ahora lo toma como un oráculo pronunciado por el propio hijo, proporcionando una prueba más de la voluntad abierta del hijo de identificarse y confesar su solidaridad con los muchos hijos e hijas. El predicador está hablando aquí acerca del honor que poseen sus oyentes, aunque sus vecinos no lo reconozcan en ese momento, buscando hacerlos sentir deshonrados.

El hijo, cuya exaltación fue el tema principal de Hebreos 1:1 a 2:9, tiene en tan alta estima a los creyentes que no considera una vergüenza para él estar asociado con ellos de la manera más íntima. ¿Cuánto menos, por implicación, deberían pensar los oyentes que es una fuente de vergüenza para ellos estar asociados con Jesús? Si él está dispuesto a depositar tal confianza en ellos, ¿cómo pueden ellos traicionar tal confianza? Uno de los beneficios que el autor de Hebreos enfatiza que Jesús ha ganado para sus seguidores es la libertad del temor a la muerte.

En el capítulo 2, versículos 14 y 15, Jesús expresa esta idea: “Desde entonces, los hijos compartieron carne y sangre; él mismo participó plenamente de las mismas cosas, para destruir por medio de la muerte al que tiene poder sobre la muerte, es decir, al diablo, y liberar a los que durante toda su vida estuvieron sujetos a la esclavitud por el temor a la muerte”. En este pasaje, mientras el autor continúa enfatizando la solidaridad del hijo con los muchos hijos e hijas, todos los cuales han compartido ahora la fragilidad de la carne y la sangre, el autor introduce un tema filosófico de cómo un sabio o un héroe puede liberar a sus seguidores del miedo a la muerte y sus efectos paralizantes sobre el compromiso humano con la virtud y el coraje frente a las dificultades.

Epicteto, el filósofo estoico primitivo que, en realidad, habría sido contemporáneo posterior del autor de Hebreos, escribe que la muerte, por ejemplo, no es nada aterrador, o de lo contrario habría asustado a Sócrates. Sócrates fue recordado en su valiente enfrentamiento con la muerte al aceptar la copa de cicuta que le había sido asignada por la asamblea ateniense. Este Sócrates era un héroe a los ojos de estos filósofos, enseñando que la muerte y todos los matices de la muerte que pudieran presentarse en nuestro camino eran algo que el sabio de mente templada podía soportar y, por lo tanto, no algo que subvirtiera innecesariamente su compromiso de hacer lo correcto.

Séneca lo explica con más detalle en una de sus epístolas morales. Sócrates, en prisión, se negó a huir cuando ciertas personas le dieron la oportunidad de hacerlo para liberar a la humanidad del temor a dos cosas muy dolorosas: la muerte y la prisión. El autor de Hebreos ha considerado a Jesús como alguien que ha logrado lo mismo, aunque en mayor escala, para los seguidores de Jesús.

Jesús une este tema filosófico del sabio que se enfrenta sin miedo a la muerte con una visión apocalíptica, más judía y cristiana, de la batalla cósmica entre las fuerzas de Dios aquí en la persona del Hijo y Satanás, el enemigo cósmico de Dios y de la humanidad. La muerte de Jesús es a la vez un acto de liberación de los cautivos y una victoria sobre su captor espiritual. La liberación del miedo a la muerte significa la liberación de cualquier coerción externa.

Esto debería desafiar a los oyentes a considerar sus desafíos y situaciones como cosas que son moralmente capaces de afrontar. No necesitan ser subvertidos en su lealtad a Jesús por estas sombras más pálidas de muerte que han encontrado, como la vergüenza, el reproche y la pérdida de la propiedad. Esta declaración de la liberación de ellos por parte de Jesús es otra causa más de lealtad y gratitud, y también debería prevenir la desertión y alentar a estos destinatarios a volver a invertir en su servicio a Jesús y en la promoción del honor de Jesús.

El autor continúa en los versículos finales del capítulo 2 hablando de las cualidades de Jesús para ayudar a los muchos hijos e hijas. Escribe: " Pues no es a los ángeles a quienes ayuda, sino a la descendencia de Abraham, por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para llegar a ser un misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Pues en lo que padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados".

En este pasaje, encontramos al autor utilizando una recontextualización ampliada de algunas líneas del capítulo 41 de Isaías, donde el profeta dice: Descendencia de Abraham, a quien amé, de quien me aferré, yo soy tu Dios que te ayudó. El hecho de apoderarse de los mortales y efectuar su liberación obligó al Hijo a ser como aquellos a quienes trató de rescatar y ayudar. Esto nos lleva de nuevo al tema anterior de por qué era apropiado que el Hijo entrara en la gloria solo a través del sufrimiento.

Fue por este medio que Dios pudo hacer de Jesús el ayudador y el intermediario más eficaz y sensible del favor de Dios que Jesús podría ser. Este pasaje introduce el término *archireus*, o sumo sacerdote, que se convierte en una categoría importante bajo la cual el predicador examinará la obra, tanto pasada como presente, de Jesús en favor de los muchos hijos e hijas. Los sacerdotes en el mundo antiguo eran constructores de puentes entre lo divino y lo humano.

De hecho, la palabra latina para sacerdote, *pontifex*, significa literalmente constructor de puentes. El uso frecuente de la palabra mediador en Hebreos para describir el papel de Jesús es otro reflejo de esta conciencia de la importancia del sacerdote como alguien que conecta a los humanos en este reino con lo divino en un reino de otro modo inaccesible. Se trata de una forma de intermediación.

En el mundo antiguo, uno de los valiosos regalos que un mecenas podía dar a otra persona era el acceso a uno de los otros amigos de ese mecenas o a mecenas de mayor rango. En tal caso, el mecenas no estaba dando un regalo real de ayuda, sino que estaba creando una conexión entre la persona que acudía a él en busca de ayuda y el recurso mayor, el mecenas mayor que podía proporcionar esa ayuda. Este es el tipo de relación que sustenta el pensamiento antiguo sobre los sacerdotes como intermediarios, mediadores y constructores de puentes.

El autor se centra aquí en el sufrimiento del hijo como un requisito previo para su capacidad como benefactor. Su propia experiencia, su propia lucha con las pruebas y tribulaciones, lo han equipado para acudir en ayuda de los muchos hijos que experimentan tentaciones. Él mismo ha llegado más lejos en la resistencia a las pruebas y las dificultades de lo que cualquiera de los destinatarios se vería llamado a viajar.

De este modo, nunca se encontrarán en un lugar donde Jesús no se compadezca de su situación, donde no conozcan por experiencia personal el malestar que sus necesidades crean. El predicador espera que la audiencia no pueda escapar del sermón sin escuchar que todo lo que Jesús soportó fue por mí y, por lo tanto, se renueve su gratitud y lealtad hacia tan gran benefactor. El autor de Hebreos se centra en Jesús como sumo sacerdote, y esto lo distingue de muchos de sus pares canónicos, donde Jesús es retratado más a menudo como un mesías real que como un mesías sacerdotal.

Sin embargo, aunque el mesías real, hijo de David, es más común, algunas expectativas mesiánicas a lo largo del período del Segundo Templo se desarrollaron en torno a una figura sacerdotal. Esto se remonta a algunos acontecimientos extraños en el sumo sacerdocio durante los primeros años del siglo II a. C., en particular la ruptura de la línea normal del sumo sacerdocio bajo el monarca seléucida Antíoco IV, cuando los aspirantes a sumo sacerdocio comenzaron a pujar

por el cargo de sumo sacerdote y a recibirlo del rey gentil. Grandes grupos de judíos se sintieron bastante descontentos con el cargo de sumo sacerdotal en su conjunto y la esperanza de un futuro sacerdote que oficiara correctamente, que hiciera lo que se suponía que debían hacer los sacerdotes en lugar de lo que estos pretendientes a sumo sacerdocio estaban haciendo en Judea comenzó a cobrar importancia.

Por ejemplo, entre los Rollos del Mar Muerto encontramos una esperanza muy destacada no sólo en un mesías de Israel, sino también en un mesías de Aarón, una figura sacerdotal. La residencia de Qumrán alimentaba la expectativa de que Dios restauraría la monarquía a David y que restauraría el sacerdocio a Sadoc. Uno de los autores de uno de estos rollos escribe que este futuro sacerdote expiará todos los pecados de su generación y será enviado a todos los hijos de su pueblo.

Su palabra es como una palabra del cielo, y su enseñanza es conforme a la voluntad de Dios. Su sol eterno brillará, y su fuego se extenderá hasta todos los confines de la tierra. Brillará sobre las tinieblas. Las tinieblas desaparecerán de la tierra y las tinieblas de la tierra seca.

Estos autores esperaban un líder sacerdotal cuyas ofrendas fueran aceptables a Dios y cuyas enseñanzas estuvieran en línea con la ley de Dios. Uno de los testimonios más extensos en el mundo antiguo de esta esperanza de un mesías sacerdotal proviene nuevamente del Testamento de Leví, particularmente del capítulo 18. Hacia el final de este testamento, leemos que cuando la venganza venga sobre ellos de parte del Señor, el sacerdocio caducará.

Entonces el Señor suscitará un nuevo sacerdote, a quien le serán reveladas todas las palabras del Señor. Éste brillará como el sol sobre la tierra y quitará todas las tinieblas que hay debajo del cielo.

Desde el templo de la gloria, la santificación vendrá sobre él con voz paternal, como de Abraham a Isaac. Y la gloria del Altísimo resplandecerá sobre él. Y reposará sobre él el espíritu de entendimiento y de santificación.

No habrá sucesor para él de generación en generación para siempre. En su sacerdocio, el pecado cesará. Y los malvados descansarán de sus malas acciones.

Y los justos hallarán descanso en él. Y él abrirá las puertas del paraíso. Él quitará la espada que ha amenazado desde Adán.

Y dará a los santos a comer del árbol de la vida. El espíritu de santidad estará sobre ellos. Y Belial será atado por él.

Podemos encontrar algunas conexiones estrechas entre las expectativas de un Mesías sacerdotal y textos como el Testamento de Leví con la cristología sacerdotal

de Hebreos. Encontramos la expectativa de que Dios designe a este sacerdote directamente. Que este sacerdote sea un mediador confiable de la palabra de Dios.

Que Dios considerará a este sacerdote en cierto sentido como un hijo. Que este sacerdote no tendrá sucesor. Podríamos comparar lo que el autor de Hebreos seguirá diciendo acerca de Jesús como sumo sacerdote para siempre.

Que este sacerdote hará cesar el pecado. Y que este sacerdote abre el camino hacia el reino eterno. El Testamento de Leví utilizó el lenguaje del paraíso para esto.

El autor de Hebreos utiliza el lenguaje del descanso celestial o del país celestial o incluso del lugar santísimo celestial. También comparten la expectativa de que el Mesías sacerdotal defienda la causa de su dependencia del diablo, llamado Belial aquí en el Testamento de Leví.

A pesar de todas estas similitudes, las diferencias son igualmente notables. Estos modelos en los textos del período del segundo templo aún no sugieren un sumo sacerdote celestial que funcionará en el verdadero santuario del reino divino. La función intercesora del Mesías sacerdotal también está silenciada en estos textos, si es que está presente.

Y ciertamente no hay nada como la idea del autosacrificio del Mesías sacerdotal como ofrenda de purificación por los pecados. En estos aspectos, el autor de Hebreos se muestra bastante innovador en las tradiciones que pudo haber heredado de su herencia judía. El capítulo 2 de Hebreos, versículos 5 al 18, contribuye a la estrategia retórica del autor de varias maneras importantes.

En esta sección, continúa enfocando a sus oyentes en Jesús. Jesús es lo que el predicador quiere que los oyentes vean, que tengan presente en toda situación. El autor también enfatiza aquí la esperanza de gloria que se encuentra ante la audiencia, apoyando, por lo tanto, su continua resistencia a una clara falta de honor en sus circunstancias actuales.

El autor también ha comenzado a explicar los beneficios que han llegado a los oyentes gracias a la entrega y el sacrificio de Jesús. Por ejemplo, los oyentes se liberaron del miedo a la muerte y Jesús se acostumbró a los tipos de pruebas que sus muchos hermanos y hermanas enfrentarían, de modo que pudo ser un mediador más eficaz en su favor. El resultado de esto es que la alineación continua con Jesús en gratitud y lealtad debería estar impresionando a los oyentes como el único camino noble hacia adelante.

El autor también intenta convencer a los oyentes de que tienen todas las razones para permanecer firmes frente a los intentos de sus vecinos de subvertir su compromiso. En particular, cuentan con la ayuda constante del mismísimo Hijo de

Dios, que los capacitará para soportar y vencer cualquier tentación si tan solo confían en él, confiando en su capacidad para ayudarlos. Esta porción de Hebreos también continúa hablando de desafíos particulares y hace contribuciones perennes a nuestro caminar como discípulos.

Nos desafía a mantener la fe en aquel que mantuvo esa fe con nosotros, como vemos en Jesús. Si absorbemos en nosotros el mensaje del autor de que todo lo que Jesús soportó fue para nuestro beneficio, por nuestro bien, mantener la fe en él a través de cualquier dificultad, prueba o adversidad que se nos presente se convierte en el único curso de acción noble para nosotros. El autor también nos recuerda que, cualquiera que sea la tentación o la situación de prueba en la que nos encontremos, Jesús es una ayuda presente y puede darnos lo que necesitamos para salir ilesos de ese episodio de tentación o prueba.

Con demasiada frecuencia, cuando somos tentados, en este sentido, creo que principalmente tentados por nuestros propios deseos o impulsos de desviarnos hacia la derecha o hacia la izquierda del camino que Dios quiere poner delante de nosotros, con demasiada frecuencia no llevamos a Jesús a esa situación de tentación. Con demasiada frecuencia, cuando somos probados, y por prueba me refiero a aquellas situaciones en las que no es realmente algo dentro de nosotros sino algo fuera de nosotros lo que nos pesa y trata de presionarnos para que nos adaptemos al camino que el mundo quiere elegir para nosotros, con demasiada frecuencia en esas situaciones, también, fallamos en llevar a Jesús a esa situación. Así como el autor de Hebreos está recordando a su congregación la presencia de Jesús y su capacidad para proveer ayuda a aquellos que se han convertido en la simiente de Abraham espiritualmente, así también el autor nos hablaría a nosotros y nos instaría en cualquier situación a aprender el hábito de correr al trono de la gracia y en el momento orar a Jesús e invitarlo a entrar para que pueda levantarnos en esa situación de prueba o tentación, reenfocarnos en el camino a seguir, y recordarnos con su misma presencia y con su ejemplo el camino que conduce a la plenitud y el honor duraderos, que siempre será el camino de la obediencia a Dios, sea lo que sea que eso signifique en términos de abnegación o perseverancia frente a la presión externa.

El autor también nos desafía a experimentar lo que significa liberarse del miedo a la muerte. El miedo a la muerte subvierte el coraje humano frente a la coerción externa o cualquier cosa que amenace con una pérdida o algo peor. El miedo a la muerte es lo que hace que las personas sean tímidas frente a la injusticia, ya sea que la experimenten personalmente o la hayan presenciado.

El miedo a la muerte subvierte nuestro compromiso de invertirnos en la vida a la que Dios nos llama, haciéndonos pensar que necesitamos vivir cada vez más para esta vida y para las cosas de esta vida porque esta vida tiene un final, después del cual hay una gran incógnita o tal vez incluso nada. El miedo a la muerte es lo que en

última instancia nos impulsa de maneras disfuncionales a tratar de asegurar nuestra vida, a asegurar algún sentido de permanencia aquí debido a esta sensación persistente de que nuestra disolución o ser disueltos por la nada siempre está ahí delante de nosotros. Este miedo a la muerte puede llevarnos a lograr grandes logros, puede llevarnos a tratar de acumular riqueza para nosotros mismos, y un tesoro para nosotros mismos que se convierte en una especie de aislamiento contra la muerte al ser un aislamiento contra cualquier deseo o necesidad.

Puede llevarnos a conductas compulsivas y controladoras mientras tratamos de reglamentar la vida y mantener el caos a distancia. De todas estas maneras, el miedo a la muerte subvierte las intenciones de Dios para el ser humano. En esta declaración de que Jesús ha liberado a sus seguidores del miedo a la muerte, el autor nos desafía a descubrir cuál será nuestro proyecto, qué será la vida humana si realmente nos nutrimos de la creencia de que la muerte no es el principio y el fin de nuestra existencia y si, de hecho, no fue esta creación material a la que finalmente estamos destinados.

Si nos aferramos a nuestra trascendencia de la muerte, a la promesa de la resurrección, junto con el llamado de Dios a amar la justicia y odiar la iniquidad, estamos enormemente capacitados para luchar en esta vida por los valores y la visión de Dios, incluso frente a grandes pérdidas y oposición personales. Esta orientación hacia el mundo también nos arroja un salvavidas que nos puede sacar de las trampas que nos enredan en nuestras propias búsquedas de defensa contra la muerte, liberándonos para servir no a nuestros propios miedos e inseguridades, sino a una agenda diferente, mayor, centrada en Dios.